

JULIO CÉSAR CAGNI Y NORA LILIANA SILVESTRE

22 de junio de 1977

Julio César y Nora ingresaron en 1972 a la carrera del Profesorado de Psicología en la UNLP. Él venía de Quilmes y ella de estudiar en el Normal N°1 “Mary O. Graham” de La Plata. Militaban en la Juventud Guevarista del PRT-ERP. En la etapa de “proletarización” de los militantes, Julio César ingresó a trabajar en el Frigorífico Swift de nuestra ciudad. Dividía su tiempo entre el estudio, el trabajo y la distribución de *Estrella Roja*, la prensa

partidaria. Para mantener la condición de alumno regular y la prórroga del Servicio Militar, en julio del 76, rindió dos materias.

Su amigo Jorge Gullino, escribió en el libro *HUELLAS (Semblanzas de vida de detenidos-desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado pertenecientes a la Universidad Nacional de La Plata)*: “... te conocí en la facultad, parecías un hombre serio, usabas bigote y barba candado y una gran pipa que te diferenciaba de todos los demás. Sí, eras para todos los que te conocíamos ‘Julio Pipa’. Parecías más grande de la edad que tenías, pero pude conocerte mejor cuando vendíamos sábanas, frazadas, que nos daba Don José, que era un patrón ‘bueno’, como decías vos, no como nos decían los libros. Ahí me di cuenta que eras un ser sensible, inquieto, preocupado por lo que nos pasaba y comprometido con el mundo en el que vivíamos (...) me animo a decirte que eras feliz, estabas estudiando psicología, que era lo que te gustaba, tenías trabajo, estabas militando y habías formado una hermosa familia junto con tu compañera Nora y ya había nacido el pequeño Camilo”.

“Con Nora tomábamos sol en Punta Lara, mate en el Parque Saavedra y café en el Bar Astro”, relata su amiga la psicóloga Liliana Rodríguez, “vivimos nuestra adolescencia en momentos de mucha ebullición social y personal, fue hermosa, llena de compromiso, de alegría, de estudio, de penas, de jean y zapatillas. Hacíamos ‘batik’ en nuestras remeras, nos planchábamos el pelo con la plancha, teníamos novios y chapábamos. Leíamos, leíamos y leíamos. Trabajábamos en barrios, alfabetizando, éramos voluntarias de instituciones con niños con graves problemáticas sociales. Nora, con sus 23 años, era una mujer fuerte y muy inteligente, reservada, leal, cálida, tolerante, tierna, responsable y estudiosa, y también una madraza. La feroz dictadura nos atravesó para siempre, se llevaron a Nora y a Julio fue la terrible frase que nos congeló la sangre, que como un rayo nos partió la vida, el alma, la historia, los proyectos. Y nunca más fuimos los mismos”.

“Mi hermano y mi cuñada vivían en la calle 46 N°490 entre 4 y diagonal 77 con la suegra y la mamá de la suegra”, relató Mariana Cagni en el “Juicio por la Verdad” en 2005. “Ese día Julio cumplía 23 años, a las dos de la mañana tocan el timbre, atiende mi hermano, y



gente armada, uniformada, con ropa azul de fajina, ingresan a la casa. Había una persona con ‘Perramus’ y una boina, parecía que tenía unos bigotes postizos, era el que dirigía, ‘vaya acá, para allá, revise’, y le pregunta a mi hermano: ‘¿ustedes son los dueños del kiosco de acá a la vuelta, tienen armas acá?’; mi cuñada le responde: ‘lo vendimos hace poco y revise lo que quiera, que son todos libros de estudios’, finalmente ordena: ‘pónganse los gamulanes que hace frío y agarren los documentos’. Esta persona, le dice a la madre de mi cuñada: ‘Señora, quiere un Geniol, está muy nerviosa’, ella responde: ‘no, yo quiero a mi hija’. La llevan a la pieza con la abuela de Nora y le tapan la cabeza con una prenda de vestir porque decía que lo estaba mirando mucho. Se escucha un portazo y las dos mujeres se quedan en silencio más o menos por una hora o dos hasta que, el hijo de mi hermano de 4 meses, lloró, porque era más o menos la hora en que se despertaba para ser amamantado”.

En marzo de 1999, María Elvira Luis, una ex detenida declaró en el “Juicio por la Verdad” que estuvo en el CCD “La Cacha” con Julio César y Nora. Cuando su hijo dio testimonio en este mismo proceso judicial expresó “... me han cortado la posibilidad de tener una infancia plena, mis viejos querían que yo supiera que estaban bien, que estaban juntos y que me querían mucho”. Camilo Cagni es cineasta y en 2010 dirigió el documental *Santucho...* todavía sobre la vida del máximo dirigente del PRT-ERP. En el estreno afirmó “hablar de Santucho es una excusa para hablar de la generación de los 70, y en particular de mis viejos, y de ese proyecto común que tenían de un mundo más justo”.

Cuando llegó la negra noche del 22 de junio, su amigo Jorge Gullino se preguntó: “¿Qué pasó, qué nos pasó? Quizás no nos dimos cuenta que el monstruo contra el cual luchábamos era mucho más grande, mucho más sanguinario, mucho más terrible, mucho más inhumano, mucho más fuerte, mucho más de lo que podíamos imaginar nosotros en ese momento. Quizás tampoco estábamos lo suficientemente preparados, quizás éramos demasiado jóvenes para la tarea que nos habíamos impuesto, no es ‘moco è pavo’ querer cambiar el mundo. Quizás tampoco el resto de la sociedad estaba lo suficientemente convencida como nosotros pensábamos. Quizás tengamos que revisar algunos métodos, algunas tácticas, algunas formas de hacer las cosas que no resultaron como esperábamos. Quizás, quizás tengamos muchas más preguntas que antes y sólo algunas pocas respuestas. Pero sí estamos seguros de algunas cosas: la utopía de vivir en un mundo más justo, más solidario, un mundo donde quepan todos los mundos, sigue vigente; la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia también. La noción de que, pese a tanta crueldad, sólo perdimos una batalla y seguiremos ganando mientras no inventen la máquina de destruir nuestros sueños colectivos. Ellos dicen que te ‘desaparecieron’. Yo quiero seguir recordando que sacás el encendedor ‘carusita’ del bolsillo izquierdo de tu camisa blanca, lo prendés y la pipa sigue humeante. Yo quiero seguir recordando que seguís caminando, manifestando, por las calles de La Plata junto a las 30.000 razones que nos siguen acompañando. Yo quiero seguir recordando que contás uno de tus chistes y por enésima vez la risa vence una vez más a la muerte”.

Liliana Rodríguez, en una conversación imaginaria, concluyó diciendo: “Pasaron tantos años y el dolor no se quita, pero el convencimiento de que la lucha por mantener viva la memoria, la búsqueda de verdad y justicia, la exigencia de juicio y castigo a todos y cada uno de los responsables por todos los compañeros caídos, es lo que nos sostiene. Porque desde hace ya años, caminamos juntos las calles de nuestra ciudad, marchando con esas consignas, junto a otros compañeros, con Camilo, tu hijo y muchas veces con Facundo, tu nieto. Hoy somos compañeros de lucha. Y esto es lo que nunca imaginaron los genocidas, todos y cada

uno de los responsables de tu desaparición, esto es con lo que no pudieron, este ejemplo es parte de su fracaso, y como contrapartida, al igual que la otra cara de la misma moneda, es parte de nuestro triunfo”.